



## El arte ya fue

**Gastón Bernstein** . Estudiante de la Licenciatura en Artes Audiovisuales . FFyL-UBA . Argentina . [gastonbernstein@gmail.com](mailto:gastonbernstein@gmail.com)

### Resumen

Esta reflexión se pregunta acerca de la relevancia del arte en la actualidad, a partir del mega desarrollo que han tenido los dispositivos audiovisuales en los últimos años, los cambios en la manera en que lxs usuarixs se relacionan con los productos artísticos, la dinámica particular entre el mercado del arte y lxs artistas, y la accesibilidad y diversificación como factores esenciales para pensar el lugar del arte en la sociedad. El trabajo plantea que quizás hoy en día ya no tenga sentido —o al menos no el mismo sentido que antes— seguir hablando de “arte”, ni siquiera de una nueva “muerte del arte”. Además, se arriesgan algunas de las causas que dan origen a este fenómeno. Finalmente, se plantean posibilidades para pensar el futuro de lo que una vez llamamos arte, y de sus productores y consumidores.

### Introducción

No es que el arte haya muerto (otra vez), lo que aquí se plantea es en realidad algo más radical y a la vez lo opuesto a toda radicalidad. Es la caída a cero, la anulación, el cese, no una muerte ceremonial, sino simplemente reconocer que algo que estaba, ya no está. No es que el arte haya muerto, sino que “ya fue”, como dicen lxs jóvenes en Buenos Aires. Ya fue, es decir, ya no importa: preguntarse sobre el arte, incluso sobre su

muerte, es algo anacrónico, que ya no enriquece la conversación contemporánea, que perdió vigencia, relevancia, incluso (y sobre todo) para lxs artistas.

Cuando comencé a investigar sobre videojuegos en el marco de mi carrera académica intentando embanderarlos como obras de arte, ya que se pueden analizar estética y discursivamente como tales, mi director de investigación me preguntó por qué quería que los videojuegos fuesen un arte. La pregunta me impactó, ya que nunca lo había pensado de esa manera. Claro ¿por qué mi entusiasmo con que los videojuegos sean un “arte”? Acaso, sugirió mi director, convenía pensar que la categoría “arte” ya no alcanzaba para dar cuenta de ciertas disciplinas, porque las categorías que se estiran tanto terminan por romperse.

¿Por qué queremos entonces que algo sea arte? ¿por qué anhelamos el arte? Las bellas artes eran seis—danza, música, pintura, escultura, arquitectura, literatura— sin embargo esa clasificación siempre fue escueta: ¿y el teatro? ¿la actuación? El cine se ganó su lugar, pero ¿la fotografía? ¿los happenings, la performance, el diseño 3D, las acrobacias, las series de televisión, la taxidermia, los videojuegos? De pronto empezamos a debatir sobre qué es arte y qué no, o mejor dicho, sobre qué debería y qué no debería ser el arte, o peor, sobre quién puede decidir tamaño asunto, y al fin y al cabo nunca respondemos

la pregunta más importante: ¿por qué queremos que algo sea arte? ¿por qué nos importa si una disciplina o práctica es o no es artística? Más allá de las respuestas históricas o antropológicas que se puedan brindar—las cuales evidentemente responden más a por qué importó la aparición del arte como suceso en un determinado momento histórico— hoy en día la cuestión se orienta más que nada a un tema de estatus: le damos un valor intrínseco al arte y al coronar una actividad con la artisticidad, gana una especie de plusvalía en respeto y reputación social.

Sin embargo, el “arte” tal y como lo conocemos es algo que se instituyó en una época determinada, hace relativamente poco (unos 600 años) y que ya ha llegado a su fin. Es decir, si las pinturas rupestres no eran “arte” en el sentido que hoy usamos la palabra, porque sus creadores no tenían la intención de que lo fueran y no existía una tradición/institución que las enmarque, como tampoco eran “arte” los vitrales medievales cuyas imágenes piadosas “eran observadas como si su origen fuera milagroso” (Danto, 2009: 26) y no como la creación de un artista, podemos pensar la cuestión transversalmente y arriesgar que, probablemente, siempre que existan seres humanos organizados en comunidades existirán expresiones estéticas, pero no siempre esas expresiones estéticas, por más bellas o conmovedoras que sean, podrán—o deberían—ser denominadas “arte”

en el sentido de una esfera autónoma independiente del resto de actividades realizadas por la comunidad.

La cuestión aquí es que hace largos años nos hemos obsesionado con el arte, reflexionando sobre cuáles son sus alcances, para qué (o para quién) sirve, si debería servir, si debería tener lineamiento político, si puede cambiar el mundo, si debe estudiarse o ser puramente intuitivo, si nació, si murió, si se reinventó. Incluso la célebre noción de la muerte del arte resulta ya anacrónica: si Hegel anunció el fin del arte, que deja de formar parte de la necesidad vital ya que “puede sin duda esperarse que el arte cada vez ascienda y se perfeccione más, pero su forma ha dejado de ser la suprema necesidad del espíritu” (Hegel, 2007: 79); si Adorno también interpreta el fin del arte como “el resultado de un proceso de desartistización que hace casi imposible seguir hablando de obras de arte [...] debido al carácter reflexivo del arte contemporáneo y al imparable desarrollo de la industria cultural” (Cubo Ugarte, 2010: 16) ; si Danto explica que luego de Warhol “cualquier cosa podía ser una obra de arte” (Danto, 2009: 36) por lo que los artistas se liberaron de la historia del arte y más que arte comenzaron a hacer filosofía; todas estas discusiones contribuyen (quizás lastimosamente) a enterrar la idea del arte como algo por lo que vale la pena debatir. El propio Danto dijo que “sea lo que sea, el arte ya no es más algo prioritario” (Danto, 2009: 38).

## Nudo

Creo que el arte finalizó definitivamente el siglo pasado. Esto es, la cuestión de su existencia o su ontología importaba, tenía relevancia, hasta hace unos años cuando tres hechos puntuales terminaron de “matarlo”, si queremos decirlo con cierto dramatismo.

En primer lugar la reproductibilidad técnica, esto es, la posibilidad de reproducir infinitamente las imágenes o sonidos de forma automática, tuvo un doble efecto. Por un lado hizo posible que todo el mundo viera la Gioconda y escuchara a Beethoven, como también que cada vez más personas puedan “hacer” arte. Walter Benjamin hablaba entusiasmado de cómo al desaparecer el aura de las obras artísticas —que pasaron de hacerse únicamente para ser vistas por Dios, a hacerse para los ojos de las masas— éstas se democratizaron. Pero él mismo dijo que la categoría de arte empezó a tambalear, ya que un cambio cuantitativo tan grande pasa a ser un cambio cualitativo, y al haber cada vez más gente que hacía arte, la oferta empezó a superar a la demanda. En una llamada al pie en *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica* se lee:

“Supongamos... que haya hoy tres o incluso cuatro talentos artísticos por cada uno que había antes. No por eso deja de ser indudable que el consumo de material (...) ha superado

con mucho la producción natural de escritores y dibujantes dotados (...) La producción de desechos es en todas las artes mayor que antes y seguirá siendo así mientras la gente continúe con su consumo desproporcionado" (Benjamin, 1994: 42, n. 20)

Hoy, cien años después de ese texto, casi cualquier persona puede hacer "arte", ya sea con una *app* para embellecer fotos, grabando música en una computadora, o dibujando en la *tablet*. Si con Benjamin llamamos desechos a estas manifestaciones estético-expresivas y decidimos que no todas son arte, es porque entonces hay una definición de arte que todo el tiempo tenemos que estar redefiniendo a nuestra propia conveniencia, y además porque nos posicionamos a "nosotrxs" como una autoridad para hablar sobre el tema. Pero acaso esa discusión ya no tendría vigencia, porque las "obras" que más se producen y consumen no serían entonces "arte". De ser así, estaríamos hablando de arte sólo cuando nos referimos a algunos objetos, hechos por un reducido grupo de personas para otro pequeño grupo. Por otro lado, si decimos que esas producciones *home made* evidentemente automatizadas sí son arte, la categoría justamente se quiebra, ya que si coronamos a cientos de millones de productos como arte, acaso el prestigio o distinción de lo artístico pierde valor, y qué sentido tiene hablar de arte entonces.

En la actualidad seguir pensando al arte como hace cien, o incluso cincuenta años, es como mínimo cuestionable y no resulta demasiado provechoso. Hoy en día, gracias justamente a la parcial democratización de las posibilidades técnicas, hay cientos de personas con talentos equiparables a los de los grandes artistas del pasado, ¿deberíamos seguir admirando a las pinturas o sinfonías famosas si hoy un estudiante de grado puede igualarlas o superarlas? Claro que eso no las invalida como archivo histórico ni como obra en sí, pero me pregunto si tiene sentido prolongar ese tipo de fascinación.

Segunda firma en el acta de defunción del arte: como demostraron Warhol y los artistas *pop* de los 60s, el arte está absoluta e insalvablemente capturado por el mercado y la industria cultural. Si las latas *Campbell* eran una pieza de museo indistinguible del producto que se podía comprar en el supermercado, en la actualidad pensar un arte por fuera de la lógica mercantil es casi irrisorio. Claro, cualquiera puede pintar en un sótano y nunca mostrar sus obras diciendo que pinta para sí y nada más, pero ¿aporta a la conversación alguien que justamente pretende quedarse fuera de ella? Y no es que el arte mercantilizado carezca de calidad o sea moralmente repudiable, sino que erosiona la idea de arte como esfera autónoma, porque los talentos artísticos están orientados del todo hacia la producción y comercialización de mercancías estéticas—o no,

y se configuran en relación a su oposición a estas— y siguen los mandatos de una sociedad en la que cada vez cobran más importancia los detalles, las partes, y pierde más importancia el todo. Hoy asistimos a un consumo voraz y una producción frenética de recursos y formas artísticas, que se sienten agotados y absolutamente renovables a la vez. Mucho más que en la época de Warhol, el arte es orientado por las exigencias del mercado global, que le ha ganado la pulseada al “arte por el arte”, o el arte para la *política* —otra cosa que también *ya fue* y es cada vez más prisionera del mercado—. La búsqueda estética que otrora caracterizó a todas las disciplinas artísticas, hoy en día le pertenece no tanto a los artistas sino a los empresarios del arte, al *art bussiness*: la cultura de masas es inseparable de la cultura, no hay un afuera de la industria cultural que no esté pujando de alguna manera por entrar. Lo cual no implica que una canción, una película, una escultura, no pueda conmovernos y ser bellísima o admirable, sino que dicha obra ya no es solamente resultado del genio artístico (si alguna vez lo fue): ahora además del talento individual, la técnica, la tradición estética, el contexto social, y demás factores determinantes, es el mercado —la moda, las tendencias, los empresarios que manejan el capital, los monopolios, las grandes compañías— el que habla inexorablemente a través de la obra. El mercado es dueño del arte desde afuera y desde adentro.

Si Umberto Eco en su célebre texto sobre los apocalípticos e integrados marcaba la diferencia entre arte y *productos culturales*. en los cuales los viejos “niveles *high, middle y low* aparecen mezclados” (Eco, 1985 : 47), hoy en día esa distinción tiene sentido sólo desde el punto de vista de la elite artística queriéndose separar de la industria cultural masiva, lo cual podríamos tildar de imposible por la propia dinámica del mercado tardocapitalista: la elite artística, preocupada por salvaguardar la “esencia” de un arte “previo” al mercado, que aboga por un arte externo a las *mass media*, debe su supervivencia a la otra cara del mismo mercado que repele. Como ya es sabido, el capitalismo tardío incluye como *usuarixs/consumidorxs* también (y sobre todo) a quienes se le oponen, y la elite artística constituye un importante público dispuesto a pagar enormes cantidades de dinero por mantener vivo un ideal que hace tiempo perdió vigencia.

Tercer hecho: la autoconciencia de la que habla Danto, el haber superado todo límite y haberse desprendido del relato del arte. Las vanguardias fueron el último grito artístico, su último manotazo de ahogado. No es noticia que terminaron siendo parte del museo que querían destruir: en el libro “*A la zaga: decadencia y fracaso de las vanguardias del siglo XX*” Eric Hobsbawm dice que una vez que las vanguardias rompieron su continuidad con el pasado “emprendieron su viaje a ninguna parte” (Hobsbawm, 1999: 27), y que “las artes verdaderamente revolu-

cionarias (...) fueron las aceptadas por las masas porque tenían algo que comunicarles” (Hobsbawm, 1999: 36). Hoy las vanguardias son un estilo más, una moda *vintage*, forman parte de la Historia del Arte que finaliza con ellas. Y lo que es peor, produjeron una reacción en cadena, cual *karma*, por la que cuando un grupo de personas quiere innovar en el arte y correrse de la institución académica o del mercado, termina siendo cooptado por ambas y convirtiéndose en el nuevo canon.

De hecho el arte contemporáneo no hace sino reafirmarse como “arte después del fin del arte”. El arte se vuelve su propio tema y la autoconciencia les permite a los artistas liberarse de la exigencia de tener que hacer *arte*, para en su lugar hacer lo que quieran: sus obras “no exigen estatus de arte” (Danto, 2009: 38) ¿por qué habrían de exigirlo?. Si el arte contemporáneo no necesita librarse del pasado, ya que dispone de este para el uso que quiera darle, es porque hay algo que ya no está a su alcance y “es el espíritu con el que fue creado ese arte” (Danto, 2009: 27) del pasado, que aún pertenecía a la Historia del Arte. En la contemporaneidad el arte se licua en las fluviales del diseño y los objetos estéticos, volviéndose indistinguibles de estos.

Salvo, nuevamente, que entendamos al arte como algo puramente de elite, un grupo muy cerrado y reducido. Es decir, en un punto el arte siempre fue de elite: justamente, cuando se democratizó comenzó a romperse. Tomando como ejemplo la

música: lo que hacía Mozart era arte ¿lo que hacía Spinetta también? En su momento habrán habido dudas, hoy está legitimado por la academia y el mercado. ¿Lo que hace L-Gante es arte? Quizás para la academia no pero para el mercado sí, o mejor dicho, para el mercado no importa, al único ámbito que le interesa esa problemática es a un pequeño sector del académico, ni siquiera –necesariamente– a los artistas. De nuevo, el arte como una cuestión de elite para la elite, una que sobrevive gracias a su propio mercado interno. Si el arte termina siendo nuevamente algo de pocos para pocos, definitivamente es una buena noticia que haya dejado de existir.

### Desenlace

Ya fue el arte. Ya no tiene sentido intentar “recuperarlo”, ya pasó. En la actualidad se hace música –se componen millones de canciones por día–, se pinta –se hacen cientos de cuadros por minuto–, se baila –se graban miles de videos en *Tik-Tok* por segundo–, se filma y se sacan fotos –literalmente todo el tiempo–, y entre tanta producción y consumo frenético el arte ha quedado en el camino. Es verdad que tampoco podemos pensar a cualquier producción humana con intención estética como arte: de hecho hoy en día todo, absolutamente todo, está *estetizado*, diseñado, desde un juego de tazas hasta una grilla de horarios laborales, desde un perfil de *Instagram* hasta un

partido político. Si todo es arte, nada lo es. En la actualidad asistimos a una confusa marea de imágenes, canciones, videos, que ya no respetan la gran historia del arte: ni siquiera a la manera de las vanguardias, que al despreciarla de alguna forma la confirmaban como canon. A los usuarios actuales –consumidores y a la vez productores– no les importa la tradición, no quieren pelearse con ella porque no la conocen ni les interesa. Tanto la tradición, como la modernidad o la contemporaneidad, para estos nuevos usuarios, son un compendio de materiales que se pueden usar. Todo es *sampleable*, todo puede formar parte del *collage* y nada cala demasiado hondo. La “Historia del Arte”, que alguna vez estuvo en el centro de las discusiones filosóficas, ha pasado a ser la Historia de la Historia del Arte. Si para Aby Warburg las formas artísticas sobreviven *fantasmalmente* a su propia muerte para reaparecer más tarde, constatando que “el presente está tejido de múltiples pasados” y que la historia de las formas artísticas no es lineal sino más parecida a una red,

hoy toda forma artística es adrede un tejido de pasados lejanos y cercanos; hoy ya no interesa de dónde sale una imagen o quién la hizo, sino lo que transmite de forma inmediata. Quizás así tenga más sentido hablar de arte, como un atlas, un caótico caleidoscopio cuyo orden ya no convoca sino a unos pocos especialistas.

Claro que esta reflexión es adrede provocadora, pero es que los momentos límite, los lindes, implican pensamientos límites también. Finalmente, si con Nietzsche sólo al morir Dios podemos volver a *crear*, no ya en un orden cósmico absoluto, objetivo y universal que no deja lugar a dudas, sino justamente a creer en las cosas que no sabemos con certeza; de la misma forma sólo cuando olvidemos la idea de arte, podremos recuperar algo de lo que el arte en su momento supo darnos, no forzando la fusión arte y vida a la manera surrealista, ni hablando de post-arte, sino soltando definitivamente esa noción y despojando así el camino para lo que tenga que venir. ▲

## BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, W. (1994). *Discursos interrumpidos*. Planeta-Agostini.
- Cubo Ugarte, O. (2010). *Hegel y el fin del arte*. En línea: [https://www.academia.edu/26399072/Hegel\\_y\\_el\\_fin\\_del\\_arte](https://www.academia.edu/26399072/Hegel_y_el_fin_del_arte)
- Danto, A. C. (2009). *Después del fin del arte: El arte contemporáneo y el linde de la historia*. Paidós.
- Didi-Huberman, G. (2009). *La imagen superviviente: Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*. Abada.
- Eco, U. (1985). *Apocalípticos e integrados*. Lumen.
- Hegel, G. W. F. (2007). *Lecciones sobre estética*. Akal.
- Hobsbawm, E. (1999). *A la Zaga: Decadencia y fracaso de las vanguardias del siglo XX*. Crítica, S. L.